

JOSÉ MARÍA MARCO

AZAÑA

el mito sin máscaras



José María Marco

Azaña, el mito sin máscaras



© El autor y Ediciones Encuentro S.A., 2021

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, n° 92

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Estugraf-Madrid

ISBN: 978-84-1339-084-0

Depósito Legal: M-26811-2021

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

PREÁMBULO	7
I. LIBERALISMO	23
La República antiliberal.....	23
La crisis del liberalismo	32
Reformismo	42
Juan Valera. El adiós al liberalismo	52
Ajuste de cuentas	64
Lección de republicanismo.....	75
II. REPÚBLICA Y DEMOCRACIA.....	89
Francia. La patria republicana.....	89
El republicano sin patria.....	106
La República absoluta.....	119
La República absoluta. Prioridades.....	131
La republicanización de España	141
La España nueva	158
III. REVOLUCIÓN Y GUERRA CIVIL	175
La Revolución del 14 de abril	175
De la Revolución de Octubre a la del 18 de julio	193

La Revolución del 18 de julio	203
La contrarrevolución estalinista.....	218
IV. ARTE Y DILETANTISMO	237
El culto al Yo	237
Tanteos de la vocación de artista	248
La confesión inacabable.....	254
La revolución diletante	271
El fondo de la nada.....	289
CRONOLOGÍA	
VIDA Y OBRA DE MANUEL AZAÑA.....	307
REPUBLICANISMO Y REFORMISMO	309
CRISIS DEL RÉGIMEN CONSTITUCIONAL.....	311
DICTADURA.....	313
REVOLUCIÓN REPUBLICANA	315
OPOSICIÓN, REVOLUCIÓN DE OCTUBRE Y SUBLEVACIÓN DE LA GENERALIDAD.....	319
FRENTE POPULAR, GUERRA Y REVOLUCIÓN	321
EXILIO	327
BIBLIOGRAFÍA	331

PREÁMBULO EL CONSENSO AZAÑISTA. LAS MÁSCARAS DEL MITO

El 7 de noviembre de 1990 se inauguró en el Palacio de Cristal del Parque del Retiro, en Madrid, una exposición sobre la vida y la obra de Manuel Azaña. Se conmemoraba el 50 aniversario de su fallecimiento en Montauban, Francia. A la entrada, un gran panel fotográfico recordaba a los visitantes que allí mismo, el 10 de mayo de 1936, los diputados a Cortes y un grupo de compromisarios de diversos partidos habían elegido a Azaña presidente de la República española. Entre estos últimos estaba, por el PSOE, José Tobarra Molina, abuelo materno del comisario de aquella exposición, responsable del catálogo y autor de este libro. Acudieron el ministro de Cultura, Jorge Semprún, y el alcalde Madrid, Agustín Rodríguez Sahagún. Entre los invitados al acto estaban muchos de los firmantes de los estudios y ensayos que acompañaban, en el catálogo, a una importante selección de textos inéditos de Azaña: José Prat, entonces senador por el PSOE y amigo de mi abuelo en tiempos de la República, Federico Jiménez Losantos, Santos Juliá, Manuel Aragón y Javier Tusell, entre otros.

La exposición había sido una empresa delicada. Intentaba exponer una vida y una obra discutidas, y no sólo por quienes no se identificaron en su momento con la República y tampoco lo hacían con el legado republicano, sino también por los muchos que, en el bando republicano, habían discrepado de la política y los escritos azañistas. Aunque entonces el asunto empezaba ya a caer

en el olvido, en 1990 todavía había quien recordaba la hostilidad con que fue acogida entre muchos de los republicanos en el exilio *La velada en Benicarló*, con su dura crítica a la conducta de la guerra. La publicación de algunos fragmentos de las *Memorias* en plena Guerra Civil había levantado ampollas. Prevalció la idea de presentar la humanidad del personaje y su extraordinaria complejidad, sin entrar en valoraciones, aunque en una exposición conmemorativa como aquella prevalecía, como es natural, el recuerdo elogioso. El fiel de la balanza siempre, también entonces, se ha inclinado del mismo lado.

La exposición, que luego viajó a Valencia y a La Coruña, fue complementada con otros actos celebrados en Alcalá de Henares. Resultó un gran éxito, sobre todo porque respondía a un espíritu todavía vigente en la sociedad española, el mismo que había hecho posible la Transición: apartar la historia de la política y no utilizar la primera como un arma en el debate público, por mucho que el debate siguiera las mismas pautas de dureza que ha tenido siempre, en todo lugar. El recuerdo de los desastres de la Guerra Civil, la voluntad de perdón y reconciliación, y la conciencia de que ninguno de los bandos —bandos del pasado, en cualquier caso— podía reivindicarse contra el otro, estaban en el fundamento de aquel equilibrio. No lo quebraron los intentos de hacer suyo el legado de Azaña por parte de políticos alejados de las posiciones de izquierda, como José María Aznar. Felipe González se mantuvo prudentemente apartado de las conmemoraciones del año 90.

Aquel equilibrio estaba destinado a romperse. El cambio vendría por el lado de la historiografía, porque nuevas publicaciones y nuevas investigaciones, correspondientes a nuevas necesidades, sacarían a la luz datos e interpretaciones distintas de las hasta entonces vigentes. Y también por el de la política, porque las preguntas que inevitablemente se iba a hacer una sociedad renovada acerca de los hechos ocurridos en los años 30 traerían aparejado un debate que acabaría cobrando carácter político. Se iba a poner a prueba, por tanto, el consenso fundador de la Transición. No era obligatorio, sin embargo, que ese consenso tuviera que verse

afectado por los debates a los que daría lugar aquella renovación de la perspectiva histórica y de la visión que de su pasado tenía la sociedad española. No ocurrió así con los debates sobre la memoria en Francia o en Alemania en los años 70, cuando se revisó lo ocurrido en aquellos mismos años 30 y 40. Cambian las perspectivas, como es natural. No por eso tiene que cambiar el régimen que permite esos debates e incluso anima al surgimiento de nuevas posiciones en el interior de toda una sociedad ante su historia y ante sí misma.

En cuanto a la historia, en aquellos años 90 se fraguó un cambio de modelo que afectó a la manera en la que hasta entonces se había interpretado la historia de España desde finales del siglo XIX. Con *La libertad traicionada*, yo mismo puse en cuestión el papel modernizador y democratizador de las elites regeneradoras y, supuestamente, reformistas. También hubo quien volvió a poner en cuestión el relato y la valoración que de la República y de la Guerra Civil había consagrado la historiografía oficial.

En cuanto a la política, en aquellos mismos años el centro derecha reivindicó su papel y su genealogía liberal y constitucional en la historia. La gran novedad llegó más tarde, entrado el nuevo siglo. Dio la señal de salida la promulgación de la Ley de Memoria Histórica, con la que un Partido Socialista, ajeno ya a las precauciones de quienes habían sido sus responsables hasta entonces, respondió a las nuevas y legítimas preguntas de los españoles. Lo hizo reintroduciendo la historia en la política, reivindicando la República como un experimento impecablemente democrático y restaurando la dinámica «amigo/enemigo» como forma de hacer política. El intento de evasión, un poco nihilista, de Mariano Rajoy no sirvió de nada y la situación ha empeorado después.

La figura de Manuel Azaña no iba a permanecer ajena a este cambio. Así se quebró el frágil equilibrio entre el respeto y la atención a la evidente complejidad de la figura —un equilibrio perceptible también en un monólogo sobre la figura en el que colaboré con José Luis Gómez, que lo interpretó de forma memorable—. Desde entonces, Azaña ha ido convirtiéndose en un santo laico.

Él mismo evocó en su momento una santa trinidad formada por Pablo Iglesias, Giner de los Ríos y Pi y Margall. Hoy nadie recuerda a Pi y Margall, y es Azaña quien ha venido a sustituirlo en este panteón. Junto al socialismo (Iglesias) y a la estética y la pedagogía (Giner), Azaña viene a encarnar la democracia, democracia republicana, para mayor precisión.

En noviembre de 1978, los reyes Don Juan Carlos y Doña Sofía, de visita en México, hicieron algo excepcional: acudir al domicilio de la viuda de Manuel Azaña, Dolores de Rivas Cherif, para conocerla y saludarla. Era una forma de cerrar una herida personal, histórica y política, reconocer un legado nacional e incorporarlo, con la sencillez y la humanidad que están reservadas a los titulares de la Corona, a la Monarquía parlamentaria, la forma de la democracia liberal española.

El significado del testimonio gráfico de aquel encuentro ha ido cambiando con el tiempo. Entonces fue una prueba de reconciliación y continuidad en forma de reconocimiento. Ha acabado convertido en una legitimación a la inversa, como si Dolores de Rivas Cherif —que jamás debió de figurarse que llegaría a asumir un papel como este— legitimara con aquel gesto la reciente democracia liberal española. Una pirueta político-ideológica mediante la cual, borrados cuarenta años de historia, la Monarquía parlamentaria queda vinculada al recuerdo de la Segunda República representada por Manuel Azaña. Aún peor: la nueva construcción simbólica permite apartar la historia previa a Manuel Azaña. Como si la Monarquía parlamentaria española instaurada en 1978 quedara vinculada a la Segunda República y esta, a su vez, se hubiera encarnado en un país en el que hasta 1931 no había existido nada parecido a un régimen constitucional y liberal. En otras palabras, se establece una relación intrínseca entre Monarquía parlamentaria y República, y otra entre República y democracia liberal.

No cabe duda de que estas interpretaciones son lícitas y argumentables. No son indiscutibles, en cualquier caso, ni forman parte de los fundamentos históricos y políticos de la democracia española.

La relación entre República y democracia es más complicada de lo que a primera vista puede parecer. Todos sabemos que no siempre una república es una democracia y Azaña, que lo sabía tan bien como cualquier otro, se esforzó siempre por anteponer la primera a la segunda. Por razones que se explican en estas páginas, en Azaña la República prevalece sobre la democracia y esta sólo es válida si respalda la República y, más exactamente, la República de los republicanos, la República del propio Azaña. Y es que la República y la democracia también estuvieron representadas por personas, movimientos y partidos que tenían de ellas una idea muy distinta de la que representa Azaña: desde Lerroux hasta Alcalá-Zamora, sin excluir a quienes no se sentían republicanos, en buena medida porque los republicanos como Azaña se empeñaron en expulsarlos del régimen. Así les ocurrió a los simpatizantes, votantes y miembros de la CEDA.

Y si la República no es sinónimo de democracia, en particular en la concepción de Azaña, tampoco la Segunda República *ad vincto*, como se dijo entonces, en el vacío de un país sin civilizar, a medias feudal y a medias norteafricano, por no echar mano de otros términos más crudos, y más racistas, que durante mucho tiempo se han utilizado para describir la contextura moral de los españoles. En España había una tradición constitucional y liberal, propiamente nacional, que se remontaba a 120 años atrás. Estaba consolidada y firmemente arraigada en la mentalidad y en las costumbres españolas. Y si la Monarquía constitucional entre 1902 y 1923 no consiguió la transición a una democracia plena, fue en buena medida, como Roberto Villa ha demostrado recientemente con su estudio sobre la revolución de 1917, por obra de aquellos mismos que en 1931 se proclamaron los únicos demócratas. No era una tarea fácil, en cualquier caso, y el fracaso de los españoles no es ni mucho menos el único de los que se produjeron en Europa.

Si se tiene en cuenta todo esto, se entenderá mejor lo discutible que es la vinculación de la Monarquía parlamentaria española de 1978 con la República. Lo lógico, y lo que no se ha hecho a pesar de algún esfuerzo coyuntural, era relacionarla *también* con la

tradición liberal y constitucional española, intrínsecamente ligada a la Corona. Y lo lógico, y lo que tampoco se ha hecho, es exponer y explicar las virtudes y las ventajas que la Corona tiene, por razones políticas, ideológicas, culturales e históricas, para la preservación y la cohesión de la democracia liberal en nuestro país. Así que desde los años 70 venimos hablando de reyes republicanos y de una Monarquía republicana, como si eso fuera posible. Es una de las muchas fantasías absurdas que desde entonces pueblan el imaginario político e intelectual español.

El personaje de Manuel Azaña se presta particularmente bien a este artificio. En particular el Azaña de los grandes discursos de la Guerra Civil, como aquellos en los que proclama su rechazo a la idea misma de una victoria sobre compatriotas y en los que invoca una «patria eterna» que nos invita a «la paz, la piedad y el perdón». Igualmente está el Azaña de *La velada en Benicarló*, un coloquio sobre las causas y el desarrollo de la Guerra Civil, llevado a la escena por José Luis Gómez, esta vez en 1981. (Mi madre, María Tobarra, siempre aficionada a callejear por Madrid, se acercó a sacar las entradas al Teatro Bellas Artes, justo al lado del Congreso de los Diputados, un 23 de febrero de 1981. Cogió el autobús para volver a casa y cuando llegó contó que había poca gente por la calle).

Los discursos de guerra y *La velada en Benicarló* son textos importantes en nuestra historia y contribuyeron, tal y como su autor lo había pensado, a construir un mito: el de un Azaña que vendría a ser la encarnación misma de una República reformista, moderada y modernizadora. Pues bien, ni existía ese país casi primitivo inventado por la imaginación de los noventayochistas y los regeneracionistas, nutridos de romanticismo y nacionalismo, ni Azaña quiso representar nunca una República moderada. Es verdad que lo afirma así a partir de 1936, por motivos que se exponen en las siguientes páginas. No decía lo mismo, ni mucho menos, en años previos, cuando su República debía traer aparejadas destrucciones «que no puedan repararse jamás».

La política azañista de la Segunda República no es reformista, y es Azaña mismo el que se encarga de dejarlo claro una y otra vez.

Sus reformas militares van destinadas a republicanizar el Ejército, no sólo a racionalizarlo, modernizarlo y alejarlo de la política. La política religiosa y educativa, inspirada la primera por el propio Azaña, no consiste sólo en la separación de la Iglesia y del Estado ni en la continuación del esfuerzo de alfabetización y de instrucción ya realizado durante años. Era una ambiciosa empresa de secularización de la sociedad española que exigía la supresión de la libertad de enseñanza y la asfixia económica de las órdenes religiosas. La República, por otra parte, recurrió a una ley promovida por el propio Azaña, la Ley de Defensa de la República, que le permitió no respetar las garantías de derechos establecidos en la Constitución de 1931. Y la promulgación del Estatuto de Cataluña, el proyecto político más querido de Azaña, no se encaminaba a una descentralización, sino a una refundación de la nación española, que debía reanudar con una tradición de unidad nacional perdida con los Asturias. Desde entonces la historia de España había sido una «digresión monstruosa» a la que la República, convertida ahora en una empresa de restauraciones, se proponía poner un punto final definitivo para crear la única España auténtica. Para Azaña no existe más nación que la que él quería construir, y como no logró implantar esa nación imaginada de raíz literaria y nacionalista —España vacía, en el sentido estricto de la expresión—, la conclusión llega sola: la nación española no existe.

A pesar de las reivindicaciones que del diálogo y de la zona templada del espíritu hizo durante la Guerra Civil, nunca antes Azaña había concebido la República como un régimen pluralista y tolerante, como lo concibió, por ejemplo, Alejandro Lerroux. De hecho, esas formulaciones, destinadas a confeccionar un personaje nuevo, le permitieron soslayar cualquier crítica de sus posiciones previas. En Azaña, los culpables siempre son los demás (de derechas, de centro o de izquierdas, dicho sea de paso). Nunca el fracaso de sus acciones o de sus expectativas le lleva a variar el rumbo de su conducta. Veremos algunos grandes ejemplos en estas páginas. Quizás el más sobresaliente es el que sigue al resultado de las elecciones legislativas de noviembre de 1933, cuando su

partido de Acción Republicana obtuvo cinco escaños (de 473) y él mismo salió de diputado gracias a que Indalecio Prieto lo incluyó en la lista del PSOE por Bilbao. Los votos demostraron que el apoyo de quien había creído encarnar la palabra y la razón de ser de la *República republicana*, era insignificante. Eso no importó: la República tenía que ser de izquierdas, y lo sería a costa de lo que fuera. También ese secuestro de la democracia forma parte del legado de Azaña.

La reacción de Azaña al resultado electoral fue solicitar al jefe del Estado que disolviera aquellas Cortes y convocara nuevas elecciones. En ningún momento se le ocurre la posibilidad de que sus decisiones hayan nacido de una equivocación. ¿Por qué? Porque Azaña, al revés de lo que se ha dicho y repetido hasta la saciedad, no plantea una propuesta de cambio moderada y dialogada, sino otra de orden mítico, que requiere una convulsión completa de la realidad política, social y cultural. Una revolución, que es lo que se propone hacer en 1931, como también pretenden estar haciéndolo los miembros de los partidos que le respaldan en las Cortes. Las elecciones de 1933 no constituyen por tanto un fracaso coyuntural en un proyecto entre cuyos fines está la consolidación de la democracia liberal bajo el régimen republicano. Lo que ha fracasado —mejor dicho, *lo que se ha hecho fracasar*— es la revolución puesta en marcha en 1930 y 1931. De ahí la justificación de la nueva revolución de octubre de 1934, esta vez ya declaradamente antirrepublicana, y las dificultades que tiene Azaña para adoptar una posición clara ante la revolución sindicalista de 1936 y ante el embrión de revolución comunista iniciada con Negrín, que él mismo había contribuido a llevar a la Presidencia del gobierno.

Cuando en España, en torno a 2010 y en plena crisis económica, se volvieron a escuchar expresiones como «nueva» y «vieja política» o «regeneración», muchos de los que las ponían en circulación no quisieron darse cuenta de que estaba de vuelta la mentalidad y la forma de pensar que precedieron al intento revolucionario de 1917, al de 1931 y al de 1934. Revoluciones frustradas, que había llegado el momento de completar al fin. La de 1931 representaba

este impulso mejor que ninguna otra: por su índole supuestamente democrática y por la apariencia reformista. Su atractivo, aun así, seguía residiendo en su carácter revolucionario. Como tal, comportaba un aspecto innegociable en las revoluciones modernas. Lo que se dilucida en estas revoluciones, que arrasan lo anterior para construir algo nuevo, no es sólo un orden nuevo. Es el hecho mismo de la identidad: definir de nuevas la naturaleza de la ciudadanía y de la comunidad política que se quiere instaurar.

Es el proyecto que rige la vida política española desde 2004 y del que son elementos clave la cuestión de la Memoria histórica, la incorporación al gobierno de España de quienes aborrecen a la nación española y la tolerancia e incluso el respaldo al proyecto separatista de Cataluña. Como el mito Azaña ha alcanzado tal prestigio, hay quien acude a él para discutir esos mismos proyectos de Memoria histórica o las acciones del nacionalismo, separatista o no. Conviene recordar que Azaña mismo borra de la historia al liberalismo español. En cuanto al nacionalismo catalán, es cierto que Azaña le dice a Negrín, en 1939, que él no comparte su idea de aceptar la independencia de Cataluña. Olvida que él mismo aceptó esa misma hipótesis en 1930, en una famosa alocución en Barcelona.

En las siguientes páginas se intenta comprender cuál es el significado del cambio propuesto por Azaña con su Estatuto de Cataluña. Tenía un aspecto restaurador, porque se trataba de dar nueva vida a una nación española que se remonta, saltando por encima de esa «digresión» que fueron los siglos de la Monarquía de los Austrias y los Borbones, a los lejanos tiempos de la Reconquista, cuando se esbozó el proyecto de una España auténticamente nacional. También quería abrir paso a una España nueva. El proyecto fracasó a poco de nacer, en 1934. Estaba condenado desde el principio, como se podía prever tras lo ocurrido en Cataluña en 1931. Eso no impidió que en 1978 la democracia española lo volviera a hacer suyo, con la misma falacia a la que recurrió Azaña en 1930: la de que Cataluña es asunto, por no decir propiedad, de los nacionalistas. Y como era de esperar otra vez, el proyecto volvió a

nafragar con el proceso independentista de Cataluña iniciado en 2012. El Estado de las autonomías no ha conseguido desactivar, ni por supuesto integrar, el nacionalismo, pero el prestigio del mito de Azaña es tal que sirve también para seguir defendiendo un Estado, en este aspecto, fallido.

A un tal prestigio contribuye decisivamente su palabra y su obra crítica y literaria. Azaña se encuentra en ese grupo muy selecto de políticos escritores que alcanzan una forma de excelencia en los dos campos. En España, Cánovas, Martínez de la Rosa, Jovellanos... don Juan Manuel añadiría él. Sus discursos, textos sometidos como pocos a la caducidad inherente al paso del tiempo, se siguen leyendo por su intensidad, su rotundidad y su teatralidad: no por casualidad Azaña ha sido objeto de varias realizaciones escénicas. La obra literaria y crítica apenas es leída fuera de los círculos de especialistas, pero le proporciona un aura intangible de icono cultural, quizás reforzada por las muchas y muy arduas dificultades que Azaña acumula frente a cualquier posible lector. Quedan las *Memorias*, un monumento de la literatura autobiográfica de todos los tiempos, con una reputación bien ganada de libelo sulfuroso. Todo el mundo las lee, aunque sólo sea por la documentación que aportan, pero no todo el mundo se enfrenta a ellas como lo que son: la crítica más feroz de la Segunda República (antes y después de 1936, si es que después del 19 de julio de ese año se puede seguir hablando de Segunda República), hecha por quien quiso encarnar la palabra y la razón, o la inteligencia, republicanas.

Hay, claro está, buenos estudios de la obra intelectual y de la literatura de Azaña. Aun así, quizás el mismo prestigio del mito Azaña, y su combinación de reputación literaria y visión de Estado, han contribuido a dejar en barbecho la cuestión de la relación entre literatura y política.

Son inseparables. Azaña escribe toda su obra literaria como una reflexión sobre el significado de su acción y su proyecto políticos. *El jardín de los frailes* es un ensayo autobiográfico convencional sobre una educación fallida en un colegio religioso, pero más aún que eso es la confesión de un fracaso, el suyo y de toda su

generación, a la hora de articular una política capaz de responder a esa crisis que los españoles llamamos la crisis del 98. *Fresdeval*, una novela inacabada, es un ajuste de cuentas con el liberalismo y su propia familia. Y *La velada en Benicarló* es la constatación de un nuevo fracaso, después del fulgurante momento de triunfo revolucionario expresado en los discursos entre 1930 y 1936.

Quedan las *Memorias*, en una situación ambigua y un poco contradictoria, entre el documento y el autorretrato, y entre el triunfo y el oprobio. En realidad, si las *Memorias* son una obra maestra de la autobiografía, y la obra cumbre de su literatura, es porque vienen a ser la culminación de algo para lo que Azaña se había preparado toda su vida. Toda su literatura, incluida la oratoria, es autobiográfica. Garcés, uno de los grandes protagonistas de *La velada en Benicarló*, lleva el apellido del protagonista —Jerónimo Garcés— de la primera novela que Azaña intentó escribir a los 24 años, recluido en Alcalá de Henares. En los primeros meses de 1931, también enclaustrado después del fracaso del pronunciamiento y la huelga general revolucionaria de diciembre de 1930, volvió a intentar escribir otra novela, *Fresdeval*, sobre la historia de Alcalá de Henares y de su familia, obra que también, como casi todas las suyas, dejó inacabada.

La obra literaria de Azaña atestigua un esfuerzo mantenido durante años para componer y crear un personaje. Se expresa bajo el modo de la ficción, en la invención de un *alter ego* en los ensayos y, finalmente, en la encarnación de la virtud republicana. La creación del personaje no responde, sin embargo, como podría pensarse y ocurre en tantas ocasiones, a una cuestión de vanidad o de ambición. Si Azaña empieza a construir un personaje es para responder a una crisis de valores que le llevó, como a muchos europeos de aquellos años de cambio de siglo, en torno a 1900, a sacar las consecuencias del hundimiento de un mundo: el mundo del liberalismo constitucional, del positivismo, de la confianza en la capacidad, aunque fuera limitada, de la conciencia del ser humano para entender la realidad. Azaña, como tantos de sus contemporáneos, vive esa crisis de lleno, en primera persona. Desde esta perspectiva,

está más próximo a los escritores y políticos de en torno a 1900 —la generación del 98— que a sus coetáneos, los de la llamada «generación del 14», que la dan por superada.

Azaña no la superó jamás, y si su obra política se resume en el esfuerzo por dar respuesta a la crisis del liberalismo abierta en 1898, su obra literaria, y en realidad su vida entera, como atestiguan sus diarios y sus *Memorias*, son el esfuerzo por encontrar un asidero, un punto fijo, en el nihilismo en el que le hunde aquel cataclismo moral. Juan Marichal, responsable de la primera edición de las *Obras Completas*, tomó prestado el título de aquel primer intento novelístico de Azaña —*La vocación de Jerónimo Garcés*— para el de su propio estudio de Azaña —*La vocación de Manuel Azaña*—. Sin embargo, no publicó la obra, tal vez por su carácter inacabado, o tal vez porque revelaba con demasiada claridad las fuentes espirituales e intelectuales de Azaña, que son las del nihilismo diletante que está en la raíz del nacionalismo antirrevolucionario francés. El futuro Azaña republicano quedó marcado por su fascinación, moral y estética, hacia los orígenes de esta ideología antimoderna de la que queda un rastro evidente en toda su obra. La revolución, en Azaña, tiene siempre algo de restauración.

De muy joven, Azaña emprendió un camino de introspección que le llevó, como a tantos otros europeos de su época, a enfrentarse a la desaparición de cualquier certeza. El Azaña que emprende esa aventura interior en busca de un «yo» auténtico transita, como tantos otros, por una inmersión en lo popular, en la España auténtica. Sin embargo, a diferencia de lo que les ocurre a muchos de ellos, no acaba de creerse el guión y de la crisis salió un hombre sin asidero fijo en la realidad, radicalmente escéptico y descreído. Como escribió un crítico acerca de Maurice Barrès, el escritor francés que fue la gran inspiración de Azaña, llegado a aquel punto sólo quedaban dos soluciones: la muerte —que en Azaña se trasluce en la obsesión por la disolución del sujeto en la nada— o la elaboración de una nueva religión, que en Azaña será un republicanismo teñido de nacionalismo, convertido en la única tabla de salvación. Así se entiende su dogmatismo y su intransigencia, tan

arraigados, tan conscientemente cultivados. El republicanismo es una construcción entre ideológica y sentimental, que a toda costa debe ser preservada del contraste con la realidad. Está en juego la muy frágil identidad de un sujeto que se ha convertido en un personaje, en una máscara vacía.

Y que sabe que detrás de la máscara no hay nada, caso muy generalizado entre intelectuales y artistas de las primeras décadas del siglo XX. Por eso la obra maestra de Azaña es la creación de sí mismo y alcanza su culminación en las *Memorias*. Toda la obra de Azaña está centrada en esa creación, que es la que resume su verdadera ambición: no ya la de político, ni la de escritor, sino la de artista. Azaña triunfa cuando consigue imponerse como creador de una realidad nueva que encarna en su acción y su palabra. Las *Memorias* son el testimonio, efímero y centelleante, de ese momento.

El triunfo, por otro lado, no alivia la angustia provocada por la inestabilidad básica que amenaza a esa máscara siempre frágil, incluso cuando alcanza los mayores éxitos. Por eso su obra literaria, incluidos sus discursos, se sitúa siempre en el modo confesional, desde el primer borrador de novela, que termina pidiendo, o suplicando, una absolución, hasta el célebre «paz, piedad y perdón» del último discurso. Y al mismo tiempo que Azaña —o su personaje, pero a estas alturas no hay forma de distinguirlos— no deja de pedir perdón, también se deja arrastrar una y otra vez por una pulsión destructiva irreprimible e insaciable. Él mismo habla de su «rencor sin objeto», que lleva al deseo de cometer «una acción inmoral y bárbara», como le ocurre a uno de sus personajes que, como todos los importantes en su obra, es parte de él mismo, es decir de la fabulación en la que él mismo se ha convertido.

En el núcleo de esta inestabilidad, que es también afectiva y habrá quien relacione con una infancia triste, está un asunto del que se ha hablado a veces, y en su momento con grosería bestial, como es el de la posible homosexualidad de Azaña. Es un motivo no infrecuente en su obra literaria, como se comprobará en las páginas de este libro. Aunque no ocupe un papel central, va tratado con claridad, algo que responde a la introspección que

Azaña emprende desde su juventud. Abrir la puerta a aquello que la conciencia no controla, como hace Azaña e hicieron tantos de sus contemporáneos, lleva a descubrimientos inesperados. Y en el mismo movimiento que aboca a la necesidad de enfrentarse al hecho del amor entre hombres, está también el de decirlo, o el de *confesarlo*, algo que podría haber hecho, a medias palabras que no lo son del todo, en una escena de *El jardín de los frailes*.

Este es el personaje, extraordinariamente complejo, del que la democracia española nacida del consenso de 1978 ha acabado haciendo uno de sus símbolos. Un símbolo imposible, porque la figura de corcho y cartón piedra que se ha ido elaborando encaja mal con el abismo existencial y moral en el que se desarrolló su vida. Y también porque la conversión en un mito de un personaje como este divide, mucho más que une, a la sociedad española. Y cuanto más se insiste en su figura, peor será. Además de lo discutible de su acción y de su legado políticos, cada día resultará más evidente la esterilidad inherente al personaje, algo que él mismo conocía más y mejor que nadie.

Más interesante que esa trivialización resulta comprenderlo como lo que es: un hombre que se sumergió hasta el fondo en los problemas políticos, existenciales y morales de su época, y que propuso para su país soluciones que respondían más a su angustia existencial que a la realidad española. El fruto fue un gigantesco malentendido que contribuyó en su momento a una catástrofe y que ha condicionado y sigue condicionando la vida de España. Resulta extraordinario —y extraordinariamente *uropeo*— que el símbolo de una revolución «modernizadora» sea, en nuestro país, un nihilista diletante, antimoderno y venido de los abismos de la crisis espiritual y política de fin de siglo.

Azaña suscitó un interés particular en algunas personas de mi generación. Pienso en particular en Federico Jiménez Losantos y su ensayo fundamental para mí, *El desdén con el desdén*, además de otros grandes textos posteriores. Yo mismo di por terminada aquella inclinación poco tiempo después de la inauguración de la exposición de 1990. Allí se cerraba un ciclo vital que había empezado

con la llegada de los cuatro volúmenes de las *Obras Completas* al despacho de mi padre, José Marco, a finales de los años sesenta. Permanecieron intactos, con sus cubiertas moradas —en una familia de izquierdas, monárquica y anticomunista— hasta que los abrí y empecé a echarles una ojeada. Me fascinó la combinación de casticismo y referencias francesas, un estilo de intensidad inédita y un patriotismo español que articulaba con materiales nuevos —para mí— una forma de entender mi país que tampoco había imaginado hasta su lectura. Paradójicamente, aquello me abrió la vía para una lectura crítica de la historia política e intelectual de su tiempo: de ahí *La libertad traicionada*, la biografía de Giner de los Ríos y la puesta en cuestión del mito del krausismo y la Institución Libre de Enseñanza, así como el análisis del regeneracionismo como la forma española del nacionalismo. También la reflexión, que no dejaba de ser de orden personal, sobre el patriotismo.

Es esta aventura la que me ha devuelto, muchos años después, a Manuel Azaña. Ahora estaba mejor pertrechado para tratar de entender a este hombre enigmático y atormentado como pocos, hijo de un tiempo de negación, crisis y radicalización sin límites. Espero haber contribuido a explicarlo con este libro o, al menos, haber dado alguna pista para que otros continúen y rectifiquen, como sin duda será necesario, el trabajo.

I. LIBERALISMO

La República antiliberal

El 13 de octubre de 1931, Manuel Azaña pronunció en las Cortes el que se iba a convertir en uno de sus más célebres discursos. Estaba planteada la cuestión de la enseñanza y la prohibición de las órdenes religiosas —de todas las órdenes religiosas— en la Constitución. Los republicanos habían llegado al poder hacía pocos meses. En años anteriores, habían visto cómo se frustraban sus deseos de iniciar la secularización de la sociedad por medio del Estado. Lo planteaban como la instauración de la plena libertad religiosa en el país. Para hacerlo habría sido necesario modificar el artículo 11 de la Constitución de 1876, que establecía una situación de tolerancia de hecho y de derecho, aunque sin una formulación legal clara ni separación del Estado y la Iglesia. La proclamación de la Segunda República llegó bajo la sugestión de las políticas radicales francesas de treinta años antes y con el recuerdo de las polémicas españolas sobre limitación de las órdenes religiosas, en tiempos de Canalejas, otros veinte años atrás. Las soluciones que se proponían ahora tenían un carácter drástico. Iban más allá de la limitación del poder de la Iglesia católica en la esfera pública, ya muy mermado desde mediados del siglo XIX. Se trataba de acabar con las órdenes, prohibir la enseñanza religiosa y proceder a la secularización de la sociedad española.

En las Cortes, Azaña adelantó una solución propia, de apariencia más moderada que la ponencia socialista. Se extinguiría la Compañía de Jesús y en cuanto a las demás congregaciones, se les prohibiría el ejercicio de la industria, el comercio y, sobre todo, de la enseñanza. Las Cortes aceptaron lo que se llamó una propuesta de transacción. Con la prohibición de los jesuitas, las Cortes republicanas reanudaban la tradición inaugurada por el conde de Aranda bajo Carlos III, continuada por los liberales en 1835 y luego por los progresistas en 1868. En su discurso, Azaña deslizó dos veces un comentario según el cual aquello iba a «disgustar a los liberales»¹. Estaba hablando de la prohibición de la enseñanza religiosa, y añadió en un tono militante y personal que no iba a permitir que la enseñanza continuara entregada a las órdenes religiosas. «Eso, jamás. Yo lo siento mucho; pero esta es la verdadera *defensa de la República*»². Fue en este mismo discurso donde Azaña afirmó que «España ha dejado de ser católica», una frase que pretendía ser una constatación, la premisa de lo que enunció luego, y fue entendida —no sin razón, por la forma en que se enunció— como un programa³.

El discurso de Azaña, que logró la aprobación de su propuesta, le llevó al día siguiente, 14 de octubre, a la Presidencia del gobierno. La derecha republicana, representada por Alcalá-Zamora, hasta ahí presidente del Gobierno, no podía aceptar —al menos de momento— aquella Constitución hecha por la izquierda a su imagen y semejanza. Siete días después, el 21 de octubre, las Cortes aprobaron una nueva ley, esta vez la de Defensa de la República. En su artículo 1, consideraba un acto de agresión a la República los «actos de violencia contra personas, casas o propiedades, por motivos religiosos, políticos o sociales, o la incitación a cometerlos». También eran «actos de agresión a la República», «la incitación a

¹ Discurso, 13-10-1931, *Obras Completas*, Santos Juliá ed., Centro de Estudios Constitucionales – Santillana Ediciones, 2008, III, 83. A partir de ahora, OC.

² Ib., OC III, 84. Subrayado mío.

³ Ib., OC III, 78.

resistir o a desobedecer las leyes o disposiciones legítimas de la Autoridad», «la difusión de noticias que puedan quebrantar el crédito o perturbar la paz o el orden público», «toda acción o expresión que redunde en menosprecio de las instituciones u organismos del Estado», la «apología del régimen monárquico o de las personas en que se pretenda vincular su representación, y el uso de emblemas, insignias o distintivos alusivos a uno y a otras»⁴. Eran medidas contradictorias con la tradición liberal española, que en tiempos de la Monarquía autorizaba toda clase de partidos, incluidos los republicanos. El texto facultaba al ministro de Gobernación para suspender las reuniones o manifestaciones públicas de carácter político, religioso o social, cuando por las circunstancias de su convocatoria fuera presumible que su celebración pudiera perturbar la paz pública. También le autorizaba a clausurar los Centros o Asociaciones que incitan, según su criterio, a la realización de actos comprendidos en el Artículo 1.

La ley suspendía derechos fundamentales y no podía continuar vigente una vez aprobada la Constitución. Por eso Azaña solicitó a las Cortes que fuera incluida como apéndice en el propio texto constitucional. Se producía así una circunstancia paradójica: con la Constitución, la República se disponía a ampliar los derechos de los españoles, pero para hacerlo el Gobierno y las Cortes republicanas se creían autorizados a suspender algunos de esos derechos, en particular los que atañían a la libertad de expresión (artículo 34 de la Constitución), la libertad de reunión y de manifestación (artículo 38) o el de asociación (artículo 39). La sanción, además, no correspondía a los jueces, sino al propio Gobierno, que tenía un margen de actuación lindante con lo arbitrario⁵. A pesar de la gravedad de las sanciones, no había, precisa el historiador Manuel Ballbé, «ninguna posibilidad de protección judicial»⁶.

⁴ Ley de Defensa de la República. *Gaceta de Madrid*, 22-10-1931. <https://www.boe.es/datos/pdfs/BOE/1931/295/A00420-00421.pdf>.

⁵ AVILÉS FARRÉ (2006): 156.

⁶ BALLBÉ (1983): 328.

Manuel Azaña llegó a ser la voz de la Segunda República y se ha convertido en uno de los mitos de referencia de la democracia española. ¿Merece ocupar el papel que se le ha querido atribuir? ¿Es Azaña ese demócrata capaz de suscitar y elaborar consensos nacionales alrededor de un proyecto pluralista y tolerante? Y a partir de ahí, ¿puede la Segunda República constituir el referente democrático de nuestra actual Monarquía parlamentaria?

José María Marco, quien dedicó varios libros a su figura, vuelve ahora al personaje en *Azaña, el mito sin máscaras*, donde revela su crítica sin contemplaciones al liberalismo del que él mismo procede, por formación y origen familiar. Aclara la superioridad que otorga a la República sobre la democracia y la idea de que la democracia sólo es válida si corrobora un régimen presidido por una coalición de izquierdas. Y pone de relieve la naturaleza revolucionaria del proyecto azañista, que se enfrentará a otras formas de concebir la revolución, en particular la de los nacionalistas, los socialistas, los anarquistas y los comunistas, para finalmente analizar su literatura y su vocación de artista.

Así es como sale a la luz un hombre atormentado, un nihilista producto de la crisis occidental de fin de siglo y que concibe su obra con el espíritu de un diletante. En la República que presidió sólo tenían cabida sus amigos, los únicos republicanos auténticos. Azaña sigue dividiendo a los españoles.

AZAÑA

EL MITO SIN MÁSCARAS



ISBN: 978-84-1339-084-0



9 788413 390840